

## LAWRENCE DE ARABIA Y LA ARQUEOLOGÍA DE LAS CRUZADAS

Fernando Valdés Fernández  
Universidad Autónoma de Madrid

Thomas Edward Lawrence, al que solemos conocer como Lawrence de Arabia por su participación en la revuelta árabe contra el Imperio Otomano, se ha hecho famoso por sus hazañas militares, que no fueron tantas ni tan suyas<sup>1</sup>, y por sus obras literarias<sup>2</sup>, pero apenas es conocido por su auténtica profesión, que era la de arqueólogo, ni por su actividad investigadora en el campo de la Arqueología. Claro está que, salvo raras excepciones, el arqueólogo ni siquiera el más famoso, puede soñar con alcanzar nunca la notoriedad de los héroes militares, verdaderos o falsos, aunque su labor no resulte a veces menos heroica. En el caso de Lawrence, al que los árabes llamaron Orens, su personalidad como arqueólogo subyace bajo su espíritu militar. La superposición de ambas sensibilidades no dio como resultado un espécimen humano desconocido – muchos arqueólogos se han involucrado en actividades castrenses más o menos aparentes –, pero, enmarcada en las muy peculiares circunstancias en que se desarrolló nuestro personaje, contribuyó a crear un perfil probablemente irrepetible.

Lawrence nació el 16 de agosto de 1888, como hijo ilegítimo de Sir Thomas Robert Tighe Chapman, caballero de origen irlandés († 9 abril 1919) y de Sarah Maden<sup>3</sup>.

Fue enviado con uno de sus hermanos a estudiar a Oxford, donde la familia residió desde 1900. A los quince años ya era conocido entre los vecinos por sus intereses arqueológicos: coleccionaba monedas antiguas, calcaba epitafios de iglesias medievales. Se interesó por la heráldica y, poco a poco, fijó su punto de mira en la arquitectura gótica y, más concretamente, en los castillos medievales. Su primer escrito conservado es una carta, dirigida a su madre, desde Colchester, poco antes de su decimoséptimo cumpleaños<sup>4</sup>. Narra una visita en bicicleta a esa localidad acompañado por su padre. Se dedicaron a visitar monumentos y él realizó varios dibujos, algunos de los cuales ilustran el propio texto<sup>5</sup>.

No debe interpretarse por estos indicios que nuestro personaje era lo que hoy llamaríamos un niño repelente. Por lo que se sabe, una de sus mayores aficiones era practicar la lucha con sus compañeros. Sin embargo, a esa precocidad de sus primeros

<sup>1</sup> Nuestro personaje ha sido siempre muy controvertido y hay más que razonables dudas a la hora de atribuirle un papel tan destacado en la rebelión de los árabes contra el dominio turco. Sin duda alguna su labor fue muy digna de tenerse en cuenta, pero el protagonista inglés de toda la campaña de Palestina fue el general Allenby. Cuestión muy distinta es la del papel jugado, junto a Faisal, el protagonista árabe de la insurrección, una vez finalizada la guerra.

<sup>2</sup> Sus dos obras literarias más famosas fueron *Revolt in the Desert*, Nueva York, 1927 y *Seven Pillars of Wisdom: a Triumph*, Londres, 1935.

<sup>3</sup> Tuvo Sir Thomas cuatro hijos de su mujer legal y cinco de la madre de Lawrence. De estos, él era el menor. Como revela él mismo, en una carta dirigida a Mrs. Charlotte Shaw, la mujer de Bernard Shaw, su madre vivió en Skye, en una atmósfera estrictamente calvinista. Acabó teniendo un agudo sentimiento de culpa por pensar que era culpable de haber provocado al padre de sus hijos para que abandonase a su mujer legal. Deseosa de disminuir su falta se empleó a fondo, intentando convertirlos en hombres muy religiosos. Uno de ellos llegó a misionero.

<sup>4</sup> La correspondencia conservada de Lawrence se halla depositada en la biblioteca del Museo Británico, bajo la signatura MS 45903.4. Fue publicada en parte por David Garnett en 1938 – *The Letters of T. E. Lawrence* –, en Londres. Algunas de ellas han sido reproducidas junto a la reimpresión de su tesis debida a Michael Haag – *Crusader Castles*. Londres, 1992. Pp. 133-224.

<sup>5</sup> *Ibidem*, pp. 135-136.

años sucedió un período de estancamiento, cuyo resultado más palpable era una mentalidad de perpetuo adolescente que, mucho tiempo después, le causaba vergüenza.

Sus primeros viajes sistemáticamente concebidos y preparados para conocer y estudiar monumentos se remontan a 1906 y 1907. En el primero estuvo acompañado por un amigo y recorrió la Bretaña francesa. Visitaron varios castillos, de los que levantó croquis y planos. Según su acompañante, se preocupó especialmente por las intenciones de los constructores de cada una de aquellas obras de arquitectura militar<sup>6</sup>. En el segundo, esta vez acompañado por su padre<sup>7</sup>, conoció el famoso Château Gaillard, la magnífica fortaleza mandada edificar por Ricardo I Corazón de León. Llegó a la conclusión de que este personaje, destacado por sus dotes militares tanto como por su falta de cualidades para gobernar, era un gran hombre y le atribuyó, personalmente, el mérito poliorcético de la fortaleza. Puede decirse que durante el transcurso de estos dos viajes quedaron esbozadas en su mente, ya invariables, las principales conclusiones de su tesis doctoral.

El mismo 1907, Lawrence se matriculó en el Jesus College de Oxford y por aquel entonces hizo una importante donación de objetos, fruto de sus pesquisas arqueológicas, al Ashmolean Museum de aquella ciudad. En esta misma institución hizo amistad con su entonces Junior Assistant Keeper – Auxiliar –, Leonard Woolley, el futuro famoso excavador de las tumbas de la IIIª Dinastía de Ur, y con el conservador David Hogarth, aunque en este caso la diferencia de edad entre ambos fuese grande.

Una vez finalizados sus estudios nuestro personaje comenzó a colaborar con ambos en la excavación de Karkemiš. David Hogarth, que había trabajado en Éfeso (Turquía) y en Knossos (Creta, Grecia) con Arthur Evans, fue quien, según sabemos, le animó a escribir una tesis doctoral sobre arquitectura medieval del Oriente latino.

Una de las claves de esa colaboración científica que puso a Lawrence en el camino de las actividades militares, fue precisamente la estrecha relación existente por aquel entonces, en los años anteriores a la Primera Gran Guerra, entre arqueología y política exterior de las grandes potencias europeas. Muchas de las excavaciones en los puntos arqueológicos claves del Oriente Medio – y en otras regiones – estaban planeadas no sólo en función de intereses científicos, sino políticos y, en definitiva, militares. No quiere eso decir que todos los grandes arqueólogos tuviesen relación con esos fines, es decir, que estuvieran encuadrados en los servicios de información de sus respectivos países, sólo algunos lo estaban y otros eran colaboradores esporádicos.

En los primeros años del siglo XX el Imperio Otomano se tambaleaba y los árabes, sus súbditos, vivían sobre un mar de petróleo crecientemente agraviados por el decadente poder turco. En este contexto, las grandes potencias tomaban posiciones para hacerse con las mejores tajadas en la anunciada desmembración del Oriente Medio.

La estrategia de penetración de las potencias pasaba por las expediciones arqueológicas. Permitían éstas incrementar el patrimonio de los grandes museos occidentales a base de piezas excavadas – un imperio requiere trofeos culturales – que el poder político turco cedía o se veía arrebatar. Pero, además, los principales yacimientos, situados la mayoría en centros neurálgicos regionales, eran excelentes atalayas para captar información, pulsando la opinión de las autoridades locales e influyendo en sus dirigentes, para controlar y, si era posible, contrarrestar el grado de penetración de las potencias competidoras, muy pronto enemigas.

<sup>6</sup> Cf. ALDINGTON, R.: *Lawrence l'imposteur*. París, 1954. P. 43.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 44.

En la consecución de esos fines no era preciso que todos los componentes de un equipo arqueológico formaran parte de los respectivos servicios de información, bastaba con uno bien situado en el pequeño organigrama técnico. El director, sobre todo si poseía notoriedad, no solía pasar desapercibido, lo que desaconsejaba su dedicación a tareas básicas de información, no a otras de orden superior. En términos de calidad, era muy importante que el informador tuviera experiencia como topógrafo – la planimetría de los sitios era esencial para futuras acciones militares –, un agudo sentido de la observación y un conocimiento lo más amplio posible del idioma hablado por los indígenas. Lawrence poseía sobradamente las dos primeras cualidades y fue Hogarth, miembro del servicio de inteligencia británico, quien lo captó. No resulta extraño, por todo ello, que este mismo personaje sugiriese a nuestro futuro héroe el tema de su tesis. De ahí surgiría su trabajo sobre las fortificaciones de los cruzados, que le ayudó a conocer con detalle las vías de comunicación de la franja siro-palestina y a alcanzar un, por lo que sabemos, elevado dominio del árabe. Su trabajo, más adelante, como responsable de los materiales cerámicos de Karkemiš, tenía como propósito oculto, situado como estaba en un punto clave de los límites siro-turcos, en el extremo septentrional de la franja lingüística árabe, fotografiar la progresión del ferrocarril que el Imperio Alemán estaba construyendo entre Constantinopla y Bagdad o, mejor, entre Berlín y Bagdad. Como se ha asegurado alguna vez, con bastante razón, Karkemiš fue el nexo entre los días del Lawrence estudiante de Oxford y los de su aventura guerrera entre los árabes<sup>8</sup>.

¿Cuándo comenzó Lawrence a preparar su tesis? La referencia más antigua procede, como siempre, de una carta, del 23 de agosto de 1908. En ella, al hacer el elogio del castillo francés de Niort dice: “...*nada puede ser más oportuno ni más interesante para mi tesis*”<sup>9</sup>. Finalmente, una vez decidido el sujeto de trabajo, que dirigió el famosísimo historiador de la guerra Sir Charles Oman, se decidió a viajar a Siria. Llevaba como presentación, que había obtenido por intermedio del director de su colegio – Sir John Rys – y gracias a los buenos oficios de lord Courzon, una carta del gobierno otomano dando órdenes a las autoridades locales para que le diesen facilidades y le auxiliasen en caso de necesidad. Utilizó además un mapa anotado por un pariente – H. Pirie-Gordon –, quien había visitado algunos castillos cruzados en 1908.

Según las reglas de la universidad, la tesis debía someterse al juicio del tribunal calificador durante las vacaciones de abril de 1910. Así pues, en cuanto pisó territorio mediorienta Lawrence puso manos a la obra, dejando constancia de sus movimientos en sus frecuentes cartas. Se movió con diversos medios de transporte o, simplemente, a pie, buscando el auxilio de algunas instituciones europeas establecidas en la región, que no eran tan escasas – misión judía de Safed, Escuela Americana de Biblos. En total recorrió más de 1000 kms, durante los meses más tórridos del verano de 1909. Entre el 9 y el 31 de julio siguió el camino entre Beirut y Galilea, después la región situada en la zona costera del Mediterráneo, desde Tiro y Sidón hasta Beirut. Entre el 6 de agosto y el 6 de septiembre se movió hacia el norte de esta ciudad, en dirección a Trípoli, zigzageando entre la costa y los castillos de la región montañosa inmediata. Después, pasada Lataquía, se dirigió hacia el este, por el curso del Orontes, y luego al norte, hacia la actual Antakya/Antioquía. Entre el 7 y el 22 de septiembre, aproximadamente, llegó hasta Urfa/Edesa y después regresó a Alepo. De los alrededor de 50 recintos fortificados de la época de las cruzadas conservados en la región por donde viajó visitó 37. Con las

<sup>8</sup> Cf. el prólogo de M. Haag a la reedición de la tesis doctoral de Lawrence, *Op. Cit.*, p. 11.

<sup>9</sup> “...*nothing could possibly have been more opportune or more interesting for my thesis*”. *Ibidem*, p. 217.

observaciones hechas, incluyendo numerosos croquis y planos, volvió a Oxford y se dedicó a redactar su trabajo, presentado finalmente dentro del plazo ante la comisión encargada de juzgarlo. Obtuvo el grado de doctor con la máxima calificación.

Con independencia de sus otros trabajos arqueológicos, que resultan poco consecuentes con su especialidad académica y más bien provocados por su oculta personalidad de informador militar, es su tesis doctoral sobre los castillos de los cruzados su mayor aportación científica y la que merece un análisis más detenido<sup>10</sup>.

Se compone el trabajo, cuya extensión es de unas 110 páginas, sumados texto y láminas, de seis capítulos. El Iº es sólo una justificación del trabajo y el IIº una introducción al problema, explicando el punto de partida sugerido por su director, Sir Charles Oman, y las líneas seguidas en la resolución. El capítulo IIIº trata de la arquitectura militar europea antes de la Primera Cruzada. El IVº lo dedica a la poliorcética bizantina y el Vº, finalmente, a las fortificaciones de los estados latinos de la Siria histórica. El VIº y último apartado versa sobre las obras de fortificación europeas en la segunda mitad del siglo XII. El esquema resulta de una gran expresividad científica. La impresión que puede derivarse es que el autor utilizó el estudio de los castillos cruzados no tanto para conocer y definir estas obras, sino para justificar unas conclusiones preconcebidas. Por eso trazó un panorama de las fortificaciones mediorientales, bizantinas y latinas, entre una introducción y un final dedicado a las europeas anteriores a los últimos años del siglo XI y de la segunda mitad del XII, respectivamente.

Sin entrar en otras consideraciones metódicas resulta evidente que el esquema tiene grandes lagunas, capaces por sí mismas de invalidar sus conclusiones. Posee una concepción restringida, en lo geográfico, de las obras castrenses de los cruzados, reducidas sólo al territorio dominado directamente por los latinos, sin incluir las levantadas por los mismos arquitectos en territorio de los estados islámicos vecinos. Además, cuando habla de fortificaciones europeas se refiere sólo y exclusivamente a las conservadas en Inglaterra y Francia, sin mencionar ni las edificadas en Italia, ni, por supuesto, en la Península Ibérica. Y, por si eso fuera poco, se olvida de los otros dos grandes conjuntos de fortalezas cruzadas, situadas fuera del territorio sirio: las de Chipre y las del sur de Anatolia. Por lo demás, el horizonte bibliográfico de Lawrence es corto, aun para esa época, y se limita a citar cinco únicas obras. Dos inglesas<sup>11</sup> y tres francesas<sup>12</sup>, una de ellas en traducción inglesa<sup>13</sup>. Se olvidó por completo de lo escrito sobre el asunto en otros lugares y, sobre todo, del libro de H. Prytz<sup>14</sup>, que pasaba por ser la obra especializada más importante aparecida en lengua alemana hasta ese momento.

No resultará extraño, por lo tanto, que las conclusiones finales fuesen terminantes: la fortificación de los cruzados fue un producto netamente occidental y no le debe nada al influjo de Oriente. Basándose en el caso del famoso Château Gaillard, considerado por otros investigadores como el paradigma de las fortalezas occidentales con influjo oriental afirma: "*Château Gaillard no es un caso de exotismo producto de*

<sup>10</sup> La tesis de Lawrence se publicó, en una primera edición de 1000 ejemplares, en 1936. Constaba de dos volúmenes, uno dedicado al propio trabajo científico y otro a su correspondencia. Recientemente, en 1992, se reeditó, reuniendo ambos contenidos en un solo volumen.

<sup>11</sup> ALLCROFT, H.: *Earthworks of England*. Londres, 1908 y la famosa de OMAN, C.W.C.: *The Art of the war in the Middle Ages*. Londres, 1924.

<sup>12</sup> REY, E. G.: *L'Architecture militaire des Croisés en Syrie*. París, 1871 y DIEHL, Ch.: *L'Afrique Byzantine: la Domination Byzantine en Afrique*. París, 1896.

<sup>13</sup> VIOLLET LE DUC: *Military Architecture*. Traducción, por Macdermot, del *Dictionnaire Raisoné*. Oxford, 1879.

<sup>14</sup> *Kulturgeschichte der Kreuzzüge*. Berlín, 1883.

un ingeniero de genio, sino una evolución de múltiples castillos del estilo de Taillebourg y Hautefort. No hay evidencia de que Ricardo [Corazón de León] trasladase nada, grande o pequeño, de ninguna de las fortalezas que vio en Tierra Santa [...]. No hay nada de bizantino en el castillo habitual en Francia y en Inglaterra, mientras que tenemos signos evidentes de que cuanto existe de bueno en la arquitectura de los Cruzados procede de Francia o de Italia. Recapitulando sobre todo este asunto, puede afirmarse que los arquitectos cruzados fueron durante muchos años imitadores de las construcciones occidentales”<sup>15</sup>. Con esto no sólo contradujo radicalmente la opinión de su director de tesis, quien opinaba lo contrario<sup>16</sup>, sino que manifiesta una opinión incubada, como se expresó más arriba, muy al comienzo de sus estudios de historia y, quizás lo ignoraba, de un corte netamente colonialista, precisamente en el único capítulo de la arquitectura latina de Oriente que pasa por ser indudable receptor de influjos locales.

Sin embargo, no conviene juzgar con demasiada dureza las opiniones de T. E. Lawrence, habida cuenta del momento en que se expresaron. Sin duda, su tesis era muy tajante en cuanto a sus conclusiones, aspecto este que resulta tanto más llamativo cuando nos paramos a considerar el desconocimiento o, al menos, la omisión de todas aquellas fortalezas levantadas en la región por maestros puestos, simultáneamente, al servicio de diferentes poderes políticos. Se hace, pero eso es costumbre arraigada entre los investigadores occidentales cuando enfrentan el estudio de las relaciones militares de los latinos con los sucesivos estados islámicos, una división demasiado estricta entre lo “latino” y lo “árabe”. Pero las cosas, por suerte, fueron mucho más complejas.

Al parecer, el Oriente latino conoció una intensa actividad en la erección de edificios religiosos, pero sus autores fueron europeos, venidos en peregrinación con sus prototipos y con la esperanza de sacar provecho. Nunca se preocuparon por visitar ni una sola de las iglesias ya existentes en los territorios de Ultramar. Sin duda, los monjes y canónigos latinos se instalaron en los edificios existentes a su llegada, puede incluso que llevaran a cabo reformas, pero nada hace pensar en la aparición de ningún tipo de síntesis engendrada por tal vecindad<sup>17</sup>. En ese sentido, la arquitectura religiosa de los cruzados fue un arte puramente colonialista y con esa misma opinión se alineó Lawrence. Ahora bien, en lo que se refiere a influencias mutuas, las fortificaciones resultan una excepción si las comparamos con el resto de las actividades arquitectónicas.

En conjunto, el trabajo de nuestro autor tiende a considerar las obras de fortificación más como un ejemplo aislado que como un conjunto, haciendo especial hincapié en aspectos formales tales como la procedencia europea de los arquitectos<sup>18</sup>, volviendo a incidir en cuestiones que ya habían sido objeto de atención por parte del francés G. Rey, quien había afirmado erróneamente la preferencia de los Templarios por las torres de planta cuadrangular y de los Hospitalarios por las de planta cilíndrica<sup>19</sup>. Le falta, además, bastante sentido arqueológico a la hora de dar cronología a algunos

<sup>15</sup> T. E. Lawrence (1992), p. 118.

<sup>16</sup> Oman mantenía una opinión radicalmente contraria a la de su discípulo (*Op. Cit.*, pp. 532-533). Pensaba que los constructores de las fortificaciones latinas habían sufrido la influencia del arte de las fortificaciones desarrollado por el Imperio Bizantino. De hecho la tesis de Lawrence atacaba desde el primer momento las teorías de su director, aunque no siempre lo citaba directamente.

<sup>17</sup> CAHEN, C.: *Orient et Occident au temps des Croisades*. París, 1983. Pp. 212-213.

<sup>18</sup> “*The Crusaders brought with them to Syria their architects, who also acted as chief masons...*”. Cf. Crusader Castels, p. 64.

<sup>19</sup> Cf. REY, G.: *Étude sur les monuments de l'architecture militaire des croisés en Syrie et dans l'île de Chipre*. París, 1881. Pp. 15 – 16.

castillos, juzgándolos como latinos en su totalidad, sin entrar a analizar los añadidos posteriores a la conquista islámica. Un caso especialmente significativo es el de Sahyun/Saône, al que *considera* “...el más logrado ejemplo de arquitectura militar de Siria”<sup>20</sup>.

Digamos, para actualizar algunos de los conceptos teóricos, presentes de modo explícito o tácito, en la tesis de Lawrence, que los especialistas han tendido a sobrevalorar el papel de los castillos medievales considerándolos “defensa de las fronteras”, “control de valles” o “cierre de vías de comunicación”, pero estos términos no sólo resultan vagos sino, en general, inexactos y todavía lo son más en el caso de los castillos levantados por los cruzados en el Oriente Medio. Lo habitual allí no fue la existencia de grandes ejércitos en comunicación con las plazas de retaguardia de las que dependía su intendencia y, en consecuencia, el control de las rutas. Los ejércitos latinos sólo estaban formados en la práctica por pequeños contingentes y no puede suponérselos poseedores de largas líneas logísticas. Se vivía sobre el terreno y sólo puede hablarse del control de vías de comunicación y de territorios concretos por una guarnición cuando ésta era capaz de dominarlos en tiempos de paz y de reprimir movimientos rebeldes a pequeña escala<sup>21</sup>. Cuando se producía la auténtica penetración de un ejército enemigo ninguna fortaleza o grupo de fortalezas era capaz de evitarla. Por eso no puede afirmarse la existencia en el Oriente Latino de líneas continuas ni de estructuras de defensa como las imaginaron los primeros tratadistas científicos del mundo material de las Cruzadas, como eran E. G. Rey<sup>22</sup>, H. Prytz<sup>23</sup> o P. Deschamps<sup>24</sup>, mucho más cuando la comparación entre las obras mencionadas por las fuentes escritas y los restos arqueológicos deja muchos vacíos y abre más interrogantes.

La ocupación y edificación o reconstrucción de castillos y fortalezas no fue, hoy lo sabemos, el resultado de un proceso ordenado y sistemático, promovido por una autoridad central, sino producto de la suma de muchas iniciativas individuales, a veces antagónicas, en las que no prevaleció el ritmo militar sino, por encima de cualquier otro, el económico. En estas condiciones no debe pretenderse, extrapolando conceptos anacrónicos, buscar en el despliegue de obras castrenses de los cruzados una estructuración por completo ajena a las circunstancias geográficas e históricas.

## CONCLUSIÓN

Digamos, como colofón, que nuestro personaje resulta contradictorio no sólo por su imagen política, sino por su investigación arqueológica. Bien puede afirmarse su total desconocimiento de la arquitectura y, en general, del arte árabe. Así se trasluce en el texto de su tesis, cuyo contenido resulta, en conjunto, muy conservador, a pesar de su apariencia, y tiene rasgos de haber preconcebido sus conclusiones mucho antes de su realización material. Se parte, para estudiar las obras de arquitectura militar de los estados latinos del Oriente Medio, de un pensamiento eurocéntrico a ultranza y, en sus rasgos fundamentales, colonialista. Ciertamente el arte religioso de los cruzados es

<sup>20</sup> Cf. *Crusader Castles*, p. 58.

<sup>21</sup> SMAIL, R. C.: *Crusading Warfare, 1097-1193*. Bibliographical introduction by Christopher Marshall. Cambridge University Press, 1995. Pp. 204-205.

<sup>22</sup> *Étude sur les monuments de l'architecture militaire des Croisés en Syrie et dans l'île de Chipre*. París, 1871.

<sup>23</sup> *Op. Cit.*, pp. 195-196.

<sup>24</sup> *Les Châteaux des croisés en Terre Sainte. I. Le Crac des Chevaliers*. París, 1934. Pp. 16-42.

plenamente colonial, en la medida en que no toma nada del substrato local, pero las fortificaciones, precisamente por la necesidad de adaptarse a los usos de la guerra en la región, escaparon de esa regla. No puede hablarse de un desarrollo oriental de las tendencias poliorcéticas europeas sin contaminarse con la acrisolada tradición local, poseedora de una tecnología incomparablemente superior. Sin duda hubo introducción de elementos occidentales, sobre todo en los primeros momentos, pero, a la larga, los latinos se adaptaron mejor, aunque sólo fuera por instinto de conservación, a las normas poliorcéticas vigentes en Siria.

Si Lawrence hubiese analizado en profundidad las fortificaciones de toda la Europa de la segunda mitad del siglo XII, incluida la Península Ibérica, y aun las orientales de Chipre y del sur de Anatolia seguramente hubiese llegado, dejando fuera sus prejuicios, a conclusiones muy diferentes. Ni siquiera llegó a abordar correctamente el evidente influjo de ciertos elementos de la fortificación occidental, como los *keep* ingleses, sobre algunos recintos islámicos, p. ej., el gran reducto de Qal'at Nayim, en el norte de Siria.

La actitud de nuestro personaje, aparentemente tan proárabe en el campo político – sería interesante comprobar si ese sentimiento siempre fue tan sincero e intenso –, se contradice con las conclusiones, tan radicalmente eurocéntricas de su tesis. No sólo niega la influencia bizantina sobre las fortificaciones occidentales, ni siquiera se plantea la transmisión de innovaciones a través de lo islámico. Desde mi punto de vista, la tesis de Lawrence fue más un pretexto para llevar a cabo otras actividades que un trabajo de investigación riguroso. Sus conclusiones venían teñidas de un lejano romanticismo, pero eran, en definitiva, más apriorísticas y colonialistas que las de su director de tesis, Sir Charles Oman. Es la diferencia entre el investigador serio y el investigador aparente. En términos científicos T. E. Lawrence era un arribista.

Del resto de sus actividades arqueológicas en Karkemiš resulta innecesario hablar. Fueron una simple cobertura, con algún episodio interesante por muy otros motivos.